

# El Papa Wojtyla con el pueblo



**C**REYENTES y no creyentes olvidan que la Iglesia está formada por hombres de carne y hueso, y que su fuerza religiosa no está en su valía ni en su intelectual espectacularidad, sino en la transparencia con que transmitan el Evangelio. Lo cual no se consigue sino con los medios "pobres" de ese mismo Evangelio: la sencillez, el diálogo, la sinceridad, el amor preocupado por la justicia, el respeto a la libertad, la convicción auténtica...

Al juzgar la actuación de Juan Pablo II en Puebla se toma como medida de comparación un baremo equivocado, el de nuestros individuales deseos. No conflamos en la fuerza del Evangelio mismo, sino en nuestra habilidad y acierto humanos. En una palabra: en algo que somos nosotros, pero que no es el mensaje vivo y desnudo de esa palabra incisiva contenida en los cuatro pequeños libros que componen la esencial buena noticia que enseñó el fundador del cristianismo hace veinte siglos.

Casi todos en Europa estaban anhelantes esperando algo nuevo y espectacular durante este viaje del Papa, que debía dar —según esos deseos— un admirable mensaje que descubriera una nueva vía para la Iglesia del continente más católico del mundo entero; que en el año 2000 (a tenor del prolífico desarrollo que está teniendo) poseerá la mitad de la población católica de toda la Tierra, y cuya fe popular —tan parecida en algunos aspectos a la de Polonia— tiene una fuerza visceral y telúrica desconocida por lo general entre el resto del catolicismo.

Haciendo un alto en lo que digo, me pregunto: ¿de qué nos sirvieron la inteligencia, la cultura y la sorprendente osadía apostólica de un Pío XII, si hoy sólo recordamos su gobierno centralizador y sus debilidades con el régimen nazi? ¿Quién hace memoria del discurso de este Papa en 1941 a la Academia Pontificia de Ciencias, quizá uno de los documentos filosóficos de la Santa Sede más progresivos que se han conocido; o su discurso de conmemoración de la encíclica social de León XIII, definiendo la propiedad con una amplitud desconocida por los Papas de este siglo; o también sus atinados mensajes de Navidad durante la guerra de 1939 a 1945; o el sorprendente discurso al II Congreso Mundial de Apostolado Seglar; o la encíclica abriendo el horizonte de los estudios bíblicos? Todo eso se lo llevó el viento. Lo que quedó son otros gestos suyos, humanos también como éstos, pero negativos.

Juan XXIII, sin embargo, permanece

por sus claras actitudes evangélicas, a pesar de ser un hombre intelectualmente conservador. Y Pablo VI fue uno de los Papas modernos de peor imagen como dirigente de la Iglesia, a pesar de su abierta y dialogal encíclica "Ecclesiam Suam", o sus progresivos discursos a los seglares, o su carta social "Populorum Progressio".

La verdad, la única verdad es que la Iglesia, para los que creen en ella, no vale por sus Pontífices, obispos, clérigos o teólogos, sino por la corriente de vida popular profunda que ella entraña. Y si ésta no existiese, sea cual sea su expresión culta y académica o inculta y desaliñada, sea retrógrada o avanzada, de nada serviría cualquier apariencia brillante, porque el cristianismo no es principalmente una ideología, sino una vida.

A casi todos nos hubiera gustado un magnífico discurso de Juan Pablo II dirigido a los 432 participantes de Puebla. El discurso simplista de Juan Pablo II habrá desilusionado a muchos creyentes y, por supuesto, a todo no creyente, ya que unos y otros esperaban un paso hacia la izquierda en este momento decisivo de la historia de esta Iglesia vacilante que es nuestra Iglesia católica.

Yo también lo siento, pero no estoy desilusionado porque no esperaba otra cosa. Y cuando lo pienso mejor, creo que no nos falta un nuevo mensaje de brillantez, de avance humano decidido, porque es preciso que nos acostumbremos de una vez a desmitificar al Papa y a su Iglesia. La Iglesia no es ese aparato grandioso que todavía impone a nuestros líderes de los partidos de izquierda españoles, porque ven en ella sólo su fuerza social, que consideran incluso más poderosa de lo que realmente es.

Una reflexión serena y profunda debe conducirnos a una postura nada triunfalista. La religión puede ser externamente espectacular, pero mucho más importante es la religiosidad del que verdaderamente tiene fe. Aquella —la religión— es la representada por las grandes figuras del Papado, por la grandiosa teología de ayer o por la esforzada doctrina progresista de hoy; pero ésa no es la Iglesia del Evangelio. Es otra cosa. Y es muy posible que casi siempre esa oropelesca envoltura la esconda, la tergiverse y la oculte porque no nos damos cuenta de la falacia que envuelve.

Los dos grandes libros del cristianismo han sido la Biblia y el Kempis. Y los dos están hechos —dentro de sus defectos humanos— por retazos de vida sencilla, de desprecio por los brillantes y los poderosos, y los parlanchines, y los inauténticos, por más inteligentes, hábiles y

atractivos que sean sus acciones o sus discursos. Para el Evangelio fue más importante San Francisco de Asís que la "Suma Teológica" de Santo Tomás, cuyo autor decía de ella, después de escrita, que la consideraba de paja en comparación con una brizna de religiosidad auténtica.

La inteligencia, el buen hacer, el donoso escribir, el hábil organizar, son muy importantes para la Historia de los hombres; pero no son el cristianismo. El cristianismo es una fuerza oculta que puede vibrar o no vibrar en todo ello, o quizá en lo contrario. El Evangelio está ante todo —y eso sí lo ha recordado Juan Pablo II en Puebla— por los pobres de Yahvé, por los desheredados de la fortuna, sea ésta del dinero, la fama, la capacidad o la fuerza.

El pensador Wojtyla semeja no serlo en su viaje a América ni en sus meses de papado; parece que su cultura sea una cultura de andar por casa, a pesar de que las expectativas que teníamos con su venida eran superiores a las de su efímero antecesor. Sin embargo, debería enseñarnos todo esto algo importante a los creyentes; y aprender así a andar más sueltos, a ser maduros con nuestra fe, a no apoyarnos en lo que es endeble a los ojos del Evangelio; y —en cambio— inclinarnos de una vez por la pobreza de la fuerza íntima de la fe. De esa desnuda fe que enseñó y practicó nuestro insignificante español San Juan de la Cruz, el de las "nadas" y las "noches oscuras".

No puedo comprender bien las frases sentimentales del Papa a la Madre de Jesús, bajo esas advocaciones populares que vive aquel pueblo latinoamericano. Tampoco puedo comprender su recuerdo superficial del Medellín de hace diez años, con su progresiva teología de la liberación. Ni sus exhortaciones moralizantes a la paz. Y, no obstante, no me siento desanimado ni defraudado, porque por ello nos daremos más cuenta de dónde está la fuerza sencilla de lo cristiano, que no es entre acuerdos de convivencia con los poderes de este mundo. El Papa ha ido a un país que oficialmente no es católico, ni tiene relaciones confusas con la Santa Sede, ni permite ninguna propaganda oficial de la religión. Y, por contraste, es un país popularmente católico, que para serlo no necesita de todo ese apoyo estatal que muchos católicos mendigan siempre en nuestra nación. ■